

WEEKLY REFLECTION

REFLEXIÓN SEMANAL

Father Steven Pautler

14th Sunday in Ordinary Time, July 6, 2026

Scripture: Sunday: Is 66:10-14c/Ps 66:1-3, 4-5, 6-7, 16, 20 (1)/Gal 6:14-18/Lk 10:1-12, 17-20 or 10:1-9

Title: *Four Parishes, One Grateful Heart (with a nod to Luke 10:1-12, 17-20)*

This weekend, Jesus sends out seventy-two disciples—two by two—into towns and villages, saying, *“The harvest is abundant, but the laborers are few.”* He tells them to travel light, to bring peace, and to trust that God will do the rest. And when they return, they're filled with joy, amazed at how the Spirit was with them every step of the way.

Honestly? That Gospel hits home for me right now.

As I begin this new chapter as pastor of our four wonderful parishes, I feel a bit like one of the seventy-two. I don't have a money bag or sandals to shake off, but I've got my car keys, a strong cup of coffee, and a heart ready to serve. The road ahead may be busy, but the mission is clear: bring peace, walk with joy, and serve the people God has placed before me.

Each parish has its own spirit, its own stories, and its own way of saying “welcome.” One might have legendary fish fries, another the best choir harmonies, another still the kind of donuts after Mass that make you linger a little longer. Some have statues that tell stories, pews that creak with memory, and people whose quiet prayers have held the place together through thick and thin. But across our four churches, we share one faith, one mission, and one joy in the Lord.

Jesus tells the disciples not to be proud of their accomplishments, but to rejoice that their names are written in heaven. That's the joy I want to live with you, not in checking boxes or clocking miles, but in walking with faith, with humility, and with one another. I may be the one driving between towns, but we're all on the same journey, following Christ, loving one another, and building up the Kingdom together.

So if you see me with a confused look and a church key that doesn't fit, just smile and show me the way. And if I walk in the wrong door or sit in someone's favorite pew, have mercy. I'll learn quickly. Let's walk together. Let's serve together. Let's rejoice together. The harvest is rich, and the journey is just beginning.

Padre Steven Pautler

14° Domingo del Tiempo Ordinario – 6 de julio de 2026

Escritura: Domingo: Is 66,10-14c / Sal 66,1-3.4-5.6-7.16.20 (1) / Gál 6,14-18 / Lc 10,1-12.17-20 o 10,1-9

Título: Cuatro Parroquias, Un Solo Corazón Agradecido (con un guiño a Lucas 10,1–12.17–20)

Este fin de semana, Jesús envía a setenta y dos discípulos—de dos en dos—a los pueblos y aldeas, diciendo: “La cosecha es abundante, pero los obreros son pocos.” Les dice que viajen ligeros, que lleven la paz, y que confíen en que Dios hará el resto. Y cuando regresan, están llenos de alegría, asombrados de cómo el Espíritu los acompañó en cada paso del camino.

¿Honestamente? Ese Evangelio me toca el corazón en este momento.

Al comenzar este nuevo capítulo como párroco de nuestras cuatro maravillosas parroquias, me siento un poco como uno de esos setenta y dos. No llevo bolsa de dinero ni sandalias para sacudirme, pero tengo las llaves del auto, una buena taza de café, y un corazón listo para servir. El camino por delante puede estar lleno, pero la misión está clara: llevar la paz, caminar con alegría, y servir al pueblo que Dios ha puesto frente a mí.

Cada parroquia tiene su propio espíritu, sus propias historias, y su propia forma de decir “bienvenido.” Una puede tener las famosas cenas de pescado, otra los mejores coros, otra aún esos donuts después de la Misa que te hacen quedarte un ratito más. Algunas tienen estatuas que cuentan historias, bancas que crujen con recuerdos, y personas cuyas oraciones silenciosas han sostenido el lugar en tiempos buenos y malos. Pero en nuestras cuatro iglesias compartimos una sola fe, una sola misión, y una sola alegría en el Señor.

Jesús les dice a los discípulos que no se gloríen por lo que han hecho, sino que se alegren de que sus nombres están escritos en el cielo. Esa es la alegría que quiero vivir con ustedes: no marcando tareas completadas ni contando kilómetros, sino caminando con fe, con humildad, y con los unos a los otros. Puede que yo sea quien conduce de un pueblo a otro, pero todos estamos en el mismo camino, siguiendo a Cristo, amándonos mutuamente y edificando juntos el Reino.

Así que si me ven con cara de perdido y una llave que no encaja, solo sonrían y muéstrenme el camino. Y si entro por la puerta equivocada o me siento en la banca favorita de alguien, tengan misericordia. Aprenderé rápido. Caminemos juntos. Sirvamos juntos. Alegrémonos juntos. La cosecha es abundante... y el viaje apenas comienza.

SUNDAY HOMILY

HOMILÍA DEL DOMINGO

Sunday, July 6, 2025

14th Sunday in Ordinary Time

Scripture: Is 66:10-14c/Ps 66:1-3, 4-5, 6-7, 16, 20 (1)/Gal 6:14-18/Lk 10:1-12, 17-20 or 10:1-9

Theme: Pack Light, Walk Far, Rejoice Always!

So... here we are. New priest, new weekend, and the Lord gives us *this* Gospel.

Jesus sends out seventy-two disciples—two by two—into the villages. No money bag, no sandals, no snacks, no cell phones with Google Maps. He basically says, “Go. Trust me. And bring peace.”

Now, I wasn’t sent out two by two. It was more like one by one—with a truck full of vestments, an overloaded calendar, and a GPS that still gets confused in rural Sandoval. But I’ll be honest: this Gospel hits *home*. I feel like one of those seventy-two, just getting started on the road, hoping I packed what matters and left behind what doesn’t.

Jesus tells the disciples not to carry baggage. I tried that... and then I remembered I’m Catholic—we carry spiritual baggage, emotional baggage, and the occasional tote full of church keys that don’t open anything I’ve tried yet. (If you hear rattling in the sacristy before Mass, that’s me, trying every key on a ring the size of a medieval torture device.)

But the point Jesus makes is powerful: *travel light*. Don’t worry about being perfect. Just show up with peace in your heart and trust that God will handle the rest.

And here’s the part that fills me with hope: when those disciples returned, they were *full of joy*. Not because of what *they* did, but because of what God did *through* them. That’s the kind of joy I’m hoping for—not just in the big moments, but in the everyday stuff: Sunday coffee, weekday Masses, quiet prayers in quiet chapels, fish fries, funerals, and finding the thermostat.

Each of our parishes has its own flavor—its own personality. One might have the best fish fry in the region. Another might have a choir that gives the angels a run for their money. One might be known for its stained glass, another for its sausage suppers, and another for having a few pews that creak like they’re still praying. But underneath all of that, we share one faith, one mission, and one Savior.

Jesus also tells the disciples not to rejoice in what they *accomplish*, but to rejoice because their names are written in heaven. That’s the joy I want to walk with you—not in *checking boxes or clocking miles*, but in showing up with love, mercy, and humility.

So, if you see me walking into the wrong church office, or trying to turn on lights with the wrong switch—or God forbid, sitting in *your* pew—just smile. Be patient. I’m still learning. But I’m here. I’m yours. And I’m honored to be part of this shared journey.

Let’s walk together. Let’s serve one another. Let’s laugh, pray, forgive, and rejoice.

The harvest is rich. The laborers? Well... we’re here. And that’s enough—because the Lord walks with us.

Domingo, 6 de julio de 2025

14° Domingo del Tiempo Ordinario

Lecturas: Is 66,10-14c / Sal 66,1-3.4-5.6-7.16.20 (1) / Gál 6,14-18 / Lc 10,1-12.17-20 o 10,1-9

Tema: ¡Viaja Ligero, Camina Lejos, Alégrate Siempre!

Así que... aquí estamos. Nuevo sacerdote, nuevo fin de semana, y el Señor nos da este Evangelio.

Jesús envía a setenta y dos discípulos—de dos en dos—a las aldeas. Sin bolsa, sin sandalias, sin bocadillos, sin celular con Google Maps. Básicamente les dice: “Vayan. Confíen en mí. Y lleven la paz.”

Ahora bien, a mí no me enviaron de dos en dos. Fue más bien de uno en uno—con una camioneta llena de vestimentas, un calendario saturado, y un GPS que todavía se pierde en los caminos rurales de Sandoval. Pero se los digo con sinceridad: este Evangelio me habla al corazón. Me siento como uno de esos setenta y dos, apenas comenzando el camino, esperando haber empacado lo esencial y haber dejado atrás lo que no importa.

Jesús les dice que no lleven equipaje. Yo intenté eso... y luego recordé que soy católico—cargamos equipaje espiritual, emocional, y de vez en cuando una bolsa llena de llaves de la iglesia que no abren nada que haya probado todavía. (Si oyen un tintineo en la sacristía antes de Misa, soy yo, probando cada llave de un llavero que parece salido de la Inquisición.)

Pero el mensaje de Jesús es fuerte: viajen ligeros. No se preocupen por ser perfectos. Preséntense con paz en el corazón, y confíen en que Dios se encargará del resto.

Y aquí viene la parte que me llena de esperanza: cuando esos discípulos regresaron, estaban llenos de alegría. No por lo que hicieron, sino por lo que Dios hizo a través de ellos. Esa es la alegría que deseo: no solo en los grandes momentos, sino en lo cotidiano—el café del domingo, las Misas entre semana, las oraciones silenciosas en capillas aún más silenciosas, las cenas de pescado, los funerales... y encontrar el termostato.

Cada una de nuestras parroquias tiene su propio sabor—su personalidad. Una puede tener la mejor cena de pescado de la región. Otra un coro que le hace competencia a los ángeles. Una es conocida por sus vitrales, otra por sus cenas de salchicha, y otra por unos bancos que crujen como si aún rezaran. Pero debajo de todo eso, compartimos una sola fe, una sola misión, y un solo Salvador.

Jesús también les dice a los discípulos que no se alegren por lo que lograron, sino porque sus nombres están escritos en el cielo. Esa es la alegría con la que quiero caminar con ustedes: no marcando casillas o sumando kilómetros, sino presentándome con amor, misericordia y humildad.

Así que si me ven entrar por la puerta equivocada de la oficina parroquial, o intentando prender las luces con el interruptor incorrecto—o peor aún, sentado en su banca de siempre—solo sonrían. Ténganme paciencia. Estoy aprendiendo. Pero estoy aquí. Soy de ustedes. Y es un honor caminar juntos en esta misión compartida.

Caminemos juntos. Sirvámonos unos a otros. Riamos, oremos, perdonemos y alegrémonos.

La cosecha es abundante. ¿Los obreros? Pues... aquí estamos. Y eso basta—porque el Señor camina con nosotros.